

HIGHFIELDS ACADEMY

DEUS EX NEVER

© Jakobe Fontán 2026

Obra registrada.

Prohibida su reproducción total o parcial.

© Ediciones K Media 2026

Número de asiento registral: REGAGE26e00003898273

Para solicitar más información:

administracion@ediciones-k-media.com

Visita: <https://wolabu.com>

HIGHFIELDS ACADEMY UNIVERSE

Universo narrativo original diseñado para adaptación serial

Este libro es fruto de diez años de rigurosa investigación documental y, aunque los nombres de las personas implicadas se han cambiado para proteger su privacidad, los hechos permanecen completamente inalterados. Más que una simple lectura, esta obra es una invitación cordial a la exploración: a lo largo del texto encontrará pistas, sucesos históricos y referencias que le animo a contrastar a través de internet, permitiéndole comprobar por sí mismo la veracidad y el trasfondo de todo lo que aquí se relata.

Capítulo 2

Una Historia Muy Larga

Miró el móvil de reojo. Se asomaba apenas una esquina por la cremallera de su bolso playero. Apretó los labios. No quería cogerlo, pero había vibrado una docena de veces en los últimos diez minutos.

Bajo la cabeza y maldijo en silencio.

Estiro el brazo, lo sacó, desbloqueo la pantalla y abrió los ojos de par en par al ver el globito rojo con el número blanco en su interior. Treinta y seis mensajes, ni nada más ni nada menos. Tiro con el dedo de la parte superior para cotillear de quien eran.

Suspiro al ver el nombre de su pareja.

Todos de Carla, los treinta y seis.

Se llevó una mano a la frente, volvió a suspirar y finalmente abrió la app y comenzó a leerlos.

Casi todos eran variables de dos únicos temas.

El primero: ¿Qué haces? ¿Qué has hecho hoy? ¿Qué haces mañana? ¿Qué has hecho esta tarde? ¿Qué harás mañana?

El segundo: ¿Por qué tardas tanto en responderme? ¡Hace una hora que te escribí, Elena! ¿En serio, un día para responder, Elena? ¡No me creo que en todo el día no mires el móvil, Elena! ¡Nadie pasa una mañana entera sin mirar el móvil, Elena! ¡Actualiza la app que no te funciona el tic azul, Elena!

Elena, Elena, Elena, su nombre aparecía tantas veces escrito que hasta sintió que se mareaba.

Dios mío, que intensa es esta chica, se lamentó.

Entonces recordó lo que había hablado con Carla el día que decidieron ponerle nombre a lo suyo. Había sido una mañana después de entrenar bien duro hasta la hora de comer.

—Pareja le pega muy bien —había sugerido la prefecta.

—A mí me suena muy serio —le objeto.

—¿Es que no vas en serio conmigo? —le soltó sin venir a cuento.

—Sí, sí, voy en serio, pero suena a que nos vayamos a casar.

Carla se llevó la mano a la sien y se la froto durante unos segundos.

—Joder, tienes razón.

Después apoyo los dos codos sobre la mesa, dejo caer la cabeza entre ellos e hizo un puchero enorme. Estaba tan graciosa cuando ponía aquella cara, que no pudo evitar estirarse y darle un beso.

—¿Ya no te da rollo que nos vean? —le preguntó Carla.

—Un poco, pero me encanta cuando haces pucheros.

Por si acaso miró a su alrededor. El Dining Hall estaba vacío, apenas quedaban unos veinte alumnos en toda la academia y mientras que no las viese Vogler, no habría problema.

—¿Cuándo te vas? —le pregunto Carla exagerando aún más el puchero.

—A primeros de Agosto —confirmó—. ¿Y tu?

El puchero desapareció y se instaló un semblante más serio en la cara de su pareja.

No, pareja, no, pensó automáticamente. *Novia, novia, si, mejor.*

“...en la cara de mi novia”, se dijo así misma. *Si, confirmado, novia.*

—No creo que este verano deje Highfields —habló en voz baja Carla—. Mis padres adoptivos se han divorciado y la verdad, tampoco me llevaba bien con ellos. Creo que me quedare por aquí y aprovecharé para hacer algo útil. Quizás me apunte a la autoescuela.

—¿Tu? —abrió los ojos enormes—. ¿Sacarte el carnet?

—¿Algún problema, rubita?

—No, no, por favor, ninguno —respondió agitando las manos.

Casi sin darse cuenta empezó a reírse al recordar aquella idea.

Carla Evans aprendiendo a conducir.

Hizo scroll con el móvil y echo un ojo a todos los audios que le había mandado. Uno después de cada práctica.

Dio play al último y escucho.

—Esto es una mierda Elena, una mierda. El profesor es un zoquete, me muero de ganas de darle una colleja. No me explica nada, solo me dice que haga esto, que haga lo otro, pero no me enseña el porqué de las cosas y yo necesito entenderlas, que tangan lógica, porque si no tiene lógica, no sé porque lo tengo que hacer y entonces no lo hago y me riñe. —Se escucharon unos golpes de fondo—. Como me vuelva a reñir, voy a arrancar el volante y se lo va a comer con patatas fritas. ¿Tú qué piensas, cariño? Dime algo, vale, no me dejes en visto, que te conozco. Y no me hagas esperar dos horas para responder como siempre. Te quiero, pásalo genial. Bueno, genial tampoco, pásalo bien y punto.

Levanto la mirada del móvil y contempló la playa.

El sol caía sobre sobre el mar, tiñendo la arena de tonos ámbar mientras las olas rompían con un ritmo lento, casi hipnótico.

Estaba recostada en una tumbona de madera bajo una sombrilla de paja, con un mojito en la otra mano al que había dado sorbos mientras escuchaba de nuevo los audios de Carla y el aroma a menta fresca se mezclaba con la brisa salada.

Es que es todo tan perfecto, que me quedaba aquí para siempre, proclamó en silencio.

Carla, Carlita, su novia. No habían hablado de lo que pasaría después del verano. Ella seguiría en la academia, matriculada en cuarto curso. ¿Cómo iban a hacer para verse? Ninguna de las dos quiso sacar el tema hasta que fue demasiado tarde.

Tengo que volver a Madrid y no sé cómo se lo voy a decir.

Dejo el móvil y se puso las gafas de sol oscuras. Miro el vaso y apretó los labios. El mojito se estaba acabando. Se levantó y camino hasta el chiringuito donde Phil, el hombre que se había convertido en su mejor amigo en los últimos trece días atendía alegre a los demás huéspedes de los hoteles cercanos.

—Buenos días, señorita Elena —le dijo en cuanto la vio la acercarse.

—¡Querido amigo Phil! —le respondió de manera teatral—. Ponme otro mojito, que parece que se me evaporan en la mano.

—Marchando un mojito para la señorita más guapa de la playa.

—Dios, que simpático eres —se rio al escuchar como la halagaba.

Miro hacia abajo mientras esperaba y se fijó en el sensacional pareo azul turquesa que se había comprado en un puesto del mercado. Dejaba ver el bronceado que había conseguido en los últimos días. Entonces se dio cuenta de que el bikini le apretaba un poco.

—Creo que me he pasado con las tartas del bufet, pero total, para dos días que me quedan —murmuró—. Pero esto me lo quito yo con una semana de ayuno intermitente en volver.

Entonces todo el cuerpo se le tensó de golpe.

No, otra vez no, pensó sujetando su bolsa con las dos manos.

El caos, ruidoso, destructivo, cada vez más cerca.

Los jodidos críos de todas las mañanas a las doce, fieles como un reloj a su cita con el agua.

Un tumulto de risas agudas y pies descalzos golpeando la pasarela que pasaba junto al chiringuito y conducía a la arena. Bajó las gafas de sol con un dedo y vio la invasión: el mismo enjambre de niños de tres a cinco años corriendo como una ola humana de energía pura y descontrolada.

Eran la viva imagen de los zombis persiguiendo a Brad Pitt en Guerra Mundial Z.

Al menos esta vez pasaron a su lado sin tirarle la bolsa al suelo, no como la última vez. Los muy cabroncetes ni se pararon a ayudarla a recoger sus cosas. Siguieron corriendo como si no hubiese sucedido nada.

—¡Niños, niños! ¡Llevad cuidado! —Sonó una voz femenina tras ellos

Parecía serena pero firme a la vez, con ese tono de autoridad maternal que no necesita gritar para ser obedecida. Aunque en este caso, parecía que no le funcionaba nada bien.

Ya la había visto varias veces. Una mujer india de mediana edad, vestida con un vestido blanco vaporoso. Se movía con cada paso como una nube, como si flotase sobre las tablas de madera. Sandalias de cuero trenzado que apenas hacían ruido, un sombrero de ala ancha y detrás de ella...

Abrió los ojos como platos y se quitó las gafas de sol.

Como una aparición salida de sus peores pesadillas laborales, caminaba la última persona a la que quería encontrarse durante las vacaciones.

Gordon.

Se quedó con los dientes apretados y los ojos aun tan abiertos, que empezaron a escocerle. Tardo un minuto en recordar que tenía la capacidad de pestañear.

Cerro los parpados y contó hasta tres, como si eso pudiera hacer que la visión desapareciera. No funcionó. Ahí seguía, con su camisa de lino arrugada y esa sonrisita que conocía demasiado bien.

No, no, no, no, no, pensó, sintiendo cómo se le tensaban los hombros. Ya me van a joder los dos días de vacaciones que me quedan.

Él la vio y su rostro se iluminó.

—¡Nova! No me lo puedo creer —exclamó acercándose con las manos extendidas, como si fueran viejos amigos en un reencuentro emotivo—. Vaya sorpresa que...

—Y una mierda sorpresa —siseó Elena en voz baja, lanzando una mirada rápida a los niños que ahora correteaban entre las mesas del chiringuito—. ¿Qué cojones hace usted aquí?

—Tranquila, tranquila —levantó las manos en un gesto apaciguador—. Estoy de vacaciones con mi pareja.

Señaló a la mujer del vestido blanco, que ahora se acercaba también, persiguiendo a los niños.

—Suna, querida, ven a conocer a No...

—¡¡Calle!! —lo interrumpió agarrándolo del antebrazo y sintiendo cómo el calor le subía al rostro—. No quiero que me vuelva a llamar así

jamás. He decidido que voy a usar mi nombre real. Así que llámeme Elena.

Gordon parpadeó. Parecía sorprendido por la vehemencia, pero rápidamente recompuso su expresión.

—¡Oh! —la mujer había llegado junto a ellos, y sus ojos oscuros la miraron de arriba abajo. Parecía estar estudiándola—. ¿Quién es esta joven tan hermosa?

—Esta es Elena, es una hija de Highfields —afirmó Gordon en voz baja.

—Oh, vaya sorpresa...

Antes de que Suna pudiera continuar, todos los niños llegaron corriendo como una estampida en miniatura y se abalanzaron sobre ella, abrazándola por las piernas, tirando de su vestido, gritando su nombre en una cacofonía de voces infantiles que hacía imposible pensar.

—¡Mama Suna! ¡Mama Suna! ¿Nos compras helados?

Observó la dinámica que tenían con la mujer india. Parecían un coro, pero no angelical. Un coro salido del infierno y se suponía que ella era la que llevaba la batuta, pero al parecer los pequeñajos pensaban que era más como un cajero automático.

Sin embargo, la tal Suna parecía encantada. Se rio acariciando las cabezas de los pequeños y les indico que hablasen con Phil.

Ay, no, me lo van a matar, pensó al ver que todos pedían helados diferentes a la vez.

Entonces, su cerebro reconecto con el principio de la conversación. ¿Gordon había dicho que la mujer era su pareja? Sí que lo había dicho. La verdad era que no sabía nada de la vida sentimental de su jefe. Nunca hablaban de esos temas. De hecho, ella no le había contado que estaba con Carla tampoco. No lo había visto necesario, ni había encontrado el momento de sacar el tema en sus conversaciones telefónica.

Miró de nuevo a los enanos y comenzó a atar cabos.

—¿Y todos estos renacuajos? —le preguntó—. ¿Qué son? ¿Sus nietos?

—Uy... es una historia muy larga de contar —respondió Gordon agitando la mano con ese gesto despreocupado.

—¿Por qué no cenas con nosotros esta noche y te la contamos? —propuso Suna.

Su voz emitía una calidez que hacía que fuese casi imposible negarse sin parecer grosero. Aun así, dudó un momento. No tenía nada mejor que hacer y tampoco tenía que madrugar. Había planeado preparar la maleta la noche siguiente y darse un último paseo por la playa al atardecer, quizás tomar otro par de mojitos viendo el sunset.

Y, si era sincera consigo misma, la curiosidad la estaba matando.

—Está bien —aceptó finalmente—. ¿A qué hora?